Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

www.cineclubnucleo.com.ar

Exhibición n° 6953 6954 Martes 8° de abril de 2008
Temporada n° 55 **Cine GAUMONT**

DÍAS DE CAMPO (*Ídem.,* Chile / Francia – 2005). *Dirección*: RAOUL RUIZ. *Guión:* Raoul Ruiz. *Música original:* Jorge Arraigada, Alfonso Leng. *Fotografía*: Inti Briones. *Montaje:* Jean-Christophe Himes, Jean-Christophe Hym. *Mezcla de sonido*: Gérard Rousseau. *Elenco:* Marcial Edwards (Don Federico a los 60), Mario Montilles (Don federico a los 90), Bélgica Castro (Paulita), Ignacio Agüero (Daniel Rubio), Rosita Ramirez (Petita), Mónica Echeverría (la señora), Carlos Flores (abogado de Ursua), Francisco Reyes (Dr. Chadian), Amparo Noguera (Miss Chazal), Cristián Quezada (carcomo), Mauricio Alamo (Teniente Arroyo). *Productor:* François Margolin. *Productoras*: Margo Films, RR Producciones, Centre National de la Cinématographie (CNC). *Duración original:* 89'.

Este film se exhibe por gentileza de Artkino Films.

El film

Es curioso que después de treinta años sin rodar una película de ficción en Chile, Raúl Ruiz haya elegido volver con **Días de campo**. Pero si se habla de Ruiz, ¿se puede decir que algo es curioso? Quizás haya que partir de la base de que con él es posible -y necesario- esperarse cualquier cosa.

Hace treinta años, Ruiz no había filmado más que el prólogo, por decirlo de alguna forma, de lo que hoy es su obra. Pero esa introducción ya era una obra en sí. Y si bien durante las tres décadas siguientes no ha parado de producir a un ritmo frenético en Francia, no hay que olvidar que cuando llegó de Chile los cinéfilos franceses ya estaban enamorados de su obra, que habían descubierto con **Tres tristes tigres** (1968). Claro que **Días de campo** muestra una cara de Chile harto distinta a la de las erráticas andanzas urbanas de los personajes de Alejandro Sieveking, y mucho más cercana a la del mediometraje **La Expropiación** (1972) aunque sin reforma agraria de por medio. Es el Chile rural, descrito en los relatos de Federico Gana, que están a la base de la historia. El de los latifundistas ociosos y de los trabajadores abnegados y subyugados. Y el de los fantasmas (como en La Expropiación; bueno, como en Ruiz) que comparten con los vivos con la mayor naturalidad.

Realista o surrealista -por usar las clasificaciones de las que se burla la película-, urbano o rural, actual o de época, lo que no cambia, en todo caso, es el absurdo. O ¿por qué no? la lógica flexible típica de los universos creados por el cineasta. En su presentación de **Días de campo**, Ruiz dice que al preguntarse qué es una ficción chilena, en algún momento habría respondido que 'una ficción sin atributos', mientras que hoy diría más bien que es "una película en que todos los elementos locales serían, ante todo, sujetos de asombro y de extrañeza, donde lo fantástico fluiría naturalmente de pequeños acontecimientos 'sin historia'." Algo así es **Días de campo**: un flujo natural de anécdotas, diálogos y también de pequeñas intrigas que van dibujando un retrato de un mundo que, dentro de la misma película, ya ha desaparecido. Porque la narración se desarrolla en más de un tiempo, aunque pasado, presente y futuro no estén tan bien delimitados. Y es que esa ubicuidad de los fantasmas puede ser un poco confusa, no tanto para el espectador como para ellos mismos o para el hombre vivo que alguna vez fueron. De partida, para Federico, el personaje principal, a quien vemos a los sesenta y tantos (encarnado por Marcial Edwards) y ya después de muerto (Mario Montilles), con su novela siempre en camino, pero nunca terminada; con sus recuerdos, evocados en un bar santiaguino, de cuando vivía en el campo y la ama de llaves Paulita (Bélgica Castro) le ponía nombres a las goteras que aparecían y se desplazaban aunque no hubiese agua. Es en torno a ella que se teje la anécdota más clásicamente elaborada de la trama: la del hijo que se fue hace tanto tiempo, pero que sigue escribiendo regularmente. Claro que según los rumores no está donde dicen las cartas. ¿Quién es y

dónde está? ¿Y de dónde vienen esas cartas? Nada de gran importancia; sólo excusas para pintar ese retrato de un Chile campesino en que cualquier cosa podía pasar, y en que las leyes de nuestra realidad no se aplican.

Para encarnar su galería de personajes absurdos pero entrañables, Ruiz reunió una galería de actores de renombre, como Bélgica Castro, Rosita Ramírez, Francisco Reyes o Amparo Noguera, además de otros personajes menos acostumbrados a estar frente a la cámara, como el documentalista Ignacio Agüero, el cineasta Carlos Flores o la escritora Mónica Echeverría. Aunque de manera más o menos explícita el cine de Ruiz seguía mirando hacia Chile desde Europa, con **Días de campo** el cineasta entrega su mirada de Chile desde un Chile rememorado y reencontrado.

(Pamela Biénzobas, 22 de diciembre de 2004, extraído de www.francochilenos.com)

Dos son los mundos que componen **Días de Campo**, la obra que por estos días está en cines en nuestro país, y que de seguro pronto saldrá de cartelera. En ella, don Federico Encina (Marcial Edwards) es un patrón de fundo de comienzos del siglo XX, un hombre sesentón que vive un solitario celibato y que gusta de la buena mesa y recibe con no pocos agasajos a sus invitados, que parecen poblar su hogar a diario. Preocupado por la precaria salud de Paulita, su ama de llaves, don Federico pasa los días sin muchas más ocupaciones que decidir qué se hará de almuerzo en la casa, realizar un catastro de las fantasmagóricas apariciones que rondan su casa y una gotera que existe por voluntad propia, mientras intenta escribir una novela que parece nunca poder comenzar. Un segundo relato lo compone una versión de don Federico a la edad de 90 años, encarnado por Mario Montilles, que recorriendo la casona ahora vacía, recuerda cómo eran los días cuando el fundo estaba en esplendor, mientras trata de componer sus ideas para una novela que finalmente está decidido a escribir.

Ruiz se sume en la melancolía de un relato espiral, en donde ambos mundos se imaginan los unos a los otros, teniendo como punto de encuentro un modesto bar en donde parecen finalmente convivir los personajes de ambas realidades, en una suerte de limbo. Los hechos pasados y futuros se dan cita en **Días de Campo** a través de la capacidad selectiva de la mente humana, mientras el presente se disuelve como en una paradoja, en un tejido de ilusiones, imposible de abarcar por los propios ojos de los protagonistas.

Es a través de un vitral, donde vemos la silueta del fantasma de un huaso tratando de escudriñar qué hay al otro lado, en este caso, de la pantalla. El sesentón Federico despierta mirando el lente de la cámara en un estado de desesperación que parece reconocer la existencia de una realidad más allá, una realidad que le observa. Ambas versiones de Federico, así como otros personajes, se reúnen en el bar. El lente de Raúl Ruiz funciona como un artefacto mágico, una ventana extraordinaria que nos permite ver un mundo que también parece intuir nuestra existencia e incluso, a ratos, observarnos. Si el cine, como el arte en general, posee un componente chamánico, Ruiz nos sorprende al hacernos parte del encantamiento de lo inesperado, al "aparentemente" nunca concluir estas historias ni en uno u otro lado del relato, pero también al jugar con sus personajes y por cierto, con el espectador, llevándonos parsimoniosamente al terreno puro de la imaginación, en donde estimula esta tan olvidada característica para asestar su gran golpe final: a través del vacilante y lento relato de Daniel Rubio, hacendado de extracción popular y probable pieza clave del dilema de don Federico, ya cerca del final, Ruiz logra finalizar el sortilegio y como un hábil tahúr, reemplaza la ficción por realidad y viceversa, situándonos bajo el objetivo del lente a nosotros, otrora sujetos y ahora objetos de la obra.

Días de Campo es un testimonio del recuerdo de Raúl Ruiz de un tiempo que ya pasó, pero que podemos reencontrar. Un mundo donde las preocupaciones eran menos y el goce era mayor y en donde los mitos y la magia aún se manifestaban a cada minuto de nuestra existencia. De una construcción tan simple como bella, Raúl Ruiz se da el lujo de nadar como un pez en el agua entre planos secuencia, diálogos chispeantes y una irreverente edificación temporal y narrativa, que no hacen más que brindar mayor incandescencia a un relato poético cargado de emoción.

(Erick Milla C., 11 de noviembre de 2005, extraído de www.elperiodista.cl)

Desde el comienzo, **Días de Campo** se nos manifiesta en su originalidad. En el bar “La Parroquia”, supuestamente de Santiago, el escritor Federico Encina (sombra de Federico Gana, encarnado por Mario Montilles), ya viejo, conversa con un amigo un poco menor (interpretado por el escritor Poli Délano), que le pregunta por el avance de su novela. Ambos dialogan en una especia de atemporalidad, en que no se sabe si están muertos o juegan a que lo están, ya que llaman al lugar el bar de la memoria, donde los

parroquianos ríen y recitan poemas, entre ellos el propio Encina y hasta un cabo de Carabineros.

En un salto, que no sabemos si es un recuerdo o una historia paralela, vemos al mismo Federico Encina como adulto (un eficaz Marcial Edwards), en su fundo de la zona central de Chile, por la música, la vestimenta y los espacios interiores iluminados por candelabros, preocupado de su inquilinos, especialmente de su ama de llaves Paulita (una inolvidable Bélgica Castro), y de su novela infinita e interminable, que parece un sueño y que intentará retratar precisamente esos días en el campo chileno, en los cuales los ritos de la comida, el vino y la conversación son parte de nuestra identidad más profunda.

En este lugar se produce una escena simplemente de antología: la conversación entre Encina y Daniel Rubio (interpretado magistralmente por Ignacio Agüero), el hijo de Paulita, en que el nivel de surrealismo y simbolismo llegan a un punto culminante; al igual que el episodio de la gotera, fenómeno que se desplaza por la casa, aunque no esté lloviendo. También llaman la atención la participación en enigmáticos y curiosos personajes de Carlos Flores, Patricio Bunster, Francisco Reyes y Amparo Noguera.

Por último, están las apariciones de los propios personajes de la novela que escribe Encina; y que los vemos de lejos, en planos generales, como entre la bruma del campo y de la irrealidad de la imaginación; y que sin embargo simbolizan inequívocamente la identidad chilena en la que todos nos reconocemos; y que Ruiz retrata cabalmente, a pesar de las distancias y las peregrinaciones.

(Álvaro Inostroza Bidart, extraído de www.mercuriovalp.cl)

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 18 años.**